

DE EUROPA COMO CULTURA*

Eduardo Lourenço
Ensayista

Parodiando el célebre dicho de Sieyès con respecto al Tercer Estado podríamos preguntarnos ¿Qué es Europa? En cuanto realidad política, casi nada, en cuanto realidad cultural, casi todo. Pero la fórmula podría invertirse: en cuanto realidad política, algo, en cuanto realidad cultural, casi nada.

En este último caso dicha fórmula supone un paso más. En cuanto «realidad cultural, comunitariamente compartida, Europa es (todavía) poca cosa». Es decir, si en la presente coyuntura europea, la construcción propiamente política y, sobre todo, económica, conoce un principio de realización, en el orden cultural, algo parecido a una «consciencia europea» sólo para una minoría representa una realidad más o menos vivida. La observación no es meramente sociológica y cultural. Es probable que, dentro de poco, Europa constituya un mercado floreciente, el espacio dorado por excelencia de una sociedad hiperconsumista, al mismo tiempo que un lugar de diversión sin igual en el planeta. Esa perspectiva no sólo es plausible, sino, en cierto modo, inevitable. Incluso si ese espacio no fuera el de una cultura que merezca aún ser llamada, vivida y desarrollada como *cultura europea*, eso significaría que Europa sería un envoltorio vacío, una realidad sin alma, ni memoria. Una Europa desgajada de los valores culturales que generó, indiferente a su herencia y a su riqueza cultural, sería apenas una Disneylandia para nuestra pseudo-infancia de europeos.

En este nuestro fin de siglo, enfrentados con manifestaciones culturales de resonancia planetaria, parecerá un arcaísmo o un reflejo de europeocentrismo imperdonable creer que el concepto de «cultura europea» pueda, o deba tener, un contenido específico. Eso significaría que el hombre europeo podría aprovecharse de no sé qué

* Traducción: M^a Esther Martínez Quintero.

mítica «identidad europea» susceptible de ser evocada y de servir de referencia válida para nuestros sueños europeos, en el supuesto de que existan.

Con todo, si Europa es algo especial en la perspectiva, que, para hablar al modo de Hegel, llamaríamos «Historia del Espíritu» y lo que él denomina «espíritu europeo», eso está relacionado con una *cierta manera de ser cultura*.

En sentido obvio, toda la humanidad está en relación inmediata con la cultura. La cultura puede ser la definición humana del hombre como ser vinculado a la naturaleza, de la que se separa por la creación de símbolos ligados a su condición de ser hablante. Pero lo que distingue al espacio europeo no es esta inserción genérica en la esfera cultural. Lo que pronto distinguió a Europa fue, no tanto una manera particular de *ser cultura*, cuanto la invención misma de la actitud y de la realidad de la cultura como dominio autónomo. En la historia de la humanidad los europeos fueron, en primer lugar, los que se opusieron conscientemente por las armas, pero sobre todo por el *pensamiento*, a Asia. volviendo a la misma raíz de Europa, esto es, a los griegos, puede que éstos no hayan sido ni los más sabios, ni los más fuertes, ni los más ricos; pero fueron, y creo que aún son, ciertamente los más anhelantes, precisamente, de cultura.

Fue (tal vez sea hoy mismo) la cultura, en cuanto actividad creadora, al mismo tiempo la más interesada y la más desinteresada, la que confirió a la aventura europea su carácter único. Y si eso no es ahora perceptible o pasa por reflejo narcisista, es porque ese concepto de «cultura» dejó hace mucho de ser «sujeto». Sujeto histórico, entiéndase. Todas las civilizaciones, todas las culturas conocidas, de una manera o de otra, hicieron de sí mismas y del mundo una historia global, todas se creyeron en una relación fundadora, privilegiada con la verdad —ídolos, dioses, Dios— y todas, a su manera, son culturas de sabiduría, de certeza y de paz interior. *Todas, salvo la nuestra*. La cultura europea, en comparación con las otras, a pesar de la pretensión legítima que puede tener de ser la única que produjo *un saber digno de ese nombre*, el de la Ciencia, libre creación del espíritu, es una cultura *inquietadora*, una cultura de angustia y de duda, una cultura de desafío radical a los dioses, como figuras de certeza. Es sobre todo una cultura de desafío al ser nunca definido ni satisfecho que somos en cuento seres humanos.

Antes de convertirse en civilización fáustica expandiendo sobre el universo su tormento y su curiosidad insaciables, nuestra cultura fue, desde el principio, para recordar al que fue el europeo por excelencia, Goëthe, una cultura *prometeica*. Tanto si interpretamos la aventura cultural europea como una sucesión de combates para descubrir los secretos del universo en orden al conocimiento de la naturaleza, en descifrar los enigmas de la Historia, o que nos veamos en ella como Heidegger en proceso de distanciamiento creciente del ser provocado por esa curiosidad fáustica de conocer y dominar la naturaleza, en ambos casos la cultura europea fue, siempre, objeto de conflicto y de pasión. Nosotros, europeos, somos los únicos humanos que en cuanto sujetos históricos y actores culturales, *no tenemos identidad*. Hablando li-

teralmente, *no sabemos quiénes somos*. La esencia de la cultura occidental se cifra en la voluntad de darnos un nombre. Sin duda que ha habido momentos en nuestro pasado europeo, en que, a semejanza de culturas que son culturas de *creencias*, de *fe* o de alta *coherencia etno-sociológica* —el Celeste Imperio, Japón, India, el Imperio Otomano, el Islam—, también tuvimos una especie de *identidad* profunda, extraña, al menos simbólicamente, a la duda sobre nosotros mismos, al cuestionamiento permanente del orden del mundo como orden divino, o del estatuto histórico como orden político. Imaginamos más o menos así lo que llamamos Edad Media, época de convicción, época de fe, época de poderosas creaciones que celebran permanentemente nuestro pacto con Dios. Es por esto por lo que, periódicamente, esa edad de oro del hombre europeo como cristiano, o de la cultura europea como cristiandad se convirtió en nostalgia y mito, después de haber sido denunciada como la edad de las tinieblas. Pero hace mucho que sabemos que, incluso entonces, Europa no fue únicamente una especie de anti-Islam, o de Islam a la inversa, como más tarde, después de la toma de Constantinopla una anti-Turquia o, en tiempos más recientes, el sólido baluarte contra la amenaza de culturas aparentemente sin grietas. Incluso en la Edad Media nuestra cultura europea y cristiana fue una cultura de conflicto, fue propiamente una cultura intelectual que discutió la Revelación, la Escritura, con el mismo frenesí con que en otro tiempo los griegos habían discutido el Ser o la Naturaleza. Ciertamente el espíritu de la duda, que es la raíz o el reflejo obligatorio de todo y el cuestionamiento radical de la realidad en todos los planos, se expandió por todos los lugares a los que los europeos llegaron, y hoy se puede decir que forma parte del patrimonio de casi todas las culturas para las que la actividad científica y la interrogación sobre el sentimiento de la Historia es un componente especial de su devenir y de su actividad. Incluso en esta especie de comunidad planetaria, no es difícil discernir una peculiar actitud en relación al *saber* y la *acción* que aún distingue la tradición europea de las otras. No se trata de saber si tal característica denota o no alguna superioridad con relación a las demás. Se trata únicamente de subrayar que los europeos mantienen con lo que se llama cultura una relación dramática y hasta, más exactamente, trágica. Esto es así porque sólo para ellos la cultura se definió como una forma de comportamiento intelectual y espiritual sin otro fundamento que el del *diálogo del pensamiento consigo mismo*, para recordar la fórmula de Platón, uno de los padres fundadores de la cultura europea.

Este intento de crear un orden autónomo de conocimientos y valores, esto es, de mantenerse en el interior de un horizonte que pronto recibió el nombre de Filosofía, es el verdadero origen y distintivo de la cultura europea. Europa es antes que nada, por encima de todo y más allá de todo, un continente metafísico, y cuando lo deje de ser, o en la medida en que lo deje de ser, será menos Europa. Esto quiere decir que fue en su espacio cultural en donde la interrogación metafísica fue tomada en serio, no como respuesta a los enigmas que el universo y nuestra existencia en él plantean a todas las culturas, sino como perplejidad sin cesar asumida y cuestionada. De esa

inquietud forma parte el cuestionamiento de la propia metafísica. De Platón a Santo Tomás, de Descartes a Kant, de Hegel a Marx, de Nietzsche a Wittgenstein, de Heidegger a Lévinas nunca hubo un «solo discurso», un hijo único o privilegiado de la cultura europea. Tal vez únicamente porque desde sus comienzos le fue señalada por Parménides la tarea infinita e imperativa de separar el Ser de la Nada, lo que *es* de lo que *no es*, lo que *vale* de lo que *no vale*, el orden del desorden, la libertad de la esclavitud.

Ciertamente, el pasado europeo con sus interminables conflictos o los recientes horrores de nuestro siglo, no respalda demasiado la tentativa, o tentación, de identificar la historia europea con la lucha por la libertad, como en diferentes modos pudieron hacerlo Michelet, Hegel o incluso Croce. Basta comparar la dinámica interna de la historia europea con la de aquellas áreas culturales que nada tienen que ver con la tradición europea, para darnos cuenta, hasta qué punto fuera de Europa y América, su heredera, aquello que nosotros ya tenemos dificultad en considerar *democracia*, es sólo casi una etiqueta, un mero revestimiento político mimético. En la media en que existe, la democracia «a la europea» es precisamente el resultado de un largo conflicto, ya milenario, a través del cual los hombres europeos se fueron sustrayendo, insatisfactoria pero realmente, al mundo de la necesidad, de la sumisión, del privilegio del nacimiento, de la raza, del atraso que constituyó, pese a Rousseau, por así decirlo, el *estado natural* de los hombres. En cuanto a la libertad, con sentido y contenido europeos, la Democracia que es su traducción en el orden de la organización social y del poder, no es un regalo, un don caído del cielo, sino una conquista, siempre inacabada, siempre amenazada, y a reformular de modo cada vez más complejo, y en último término, imprevisible. Su cimiento fue la audacia, el sacrificio, la sangre, pero sobre todo, una exigencia de justeza en las ideas y de justicia en los actos.

En cuanto realidad histórica, Europa, o mejor, el conjunto de los pueblos y culturas diversos que la constituyeron en el pasado y la constituyen en el presente, fue muchas veces amenazada desde el exterior y ella misma constituyó una amenaza para otros continentes y hasta para el mundo entero. En cierto modo, como es obvio, esas amenazas (persas, turcos, tártaros, árabes) forjaron su identidad. A fin de cuentas, el único enemigo que los europeos tuvieron siempre fueron ellos mismos. Lo que era ya visible para Erasmo, no dejó de serlo en vísperas de su conversión en «Comunidad Europea» en este fin de siglo. Nuestra historia es la de una guerra civil perpetua que en ciertos momentos esperamos superar a través de aventuras guerreras, económicas, ideológicas de tipo imperial, forjando a la fuerza un *destino europeo* común. Aparte del imperio romano, empresa única en la historia del mundo —verdadera matriz en el orden de civilización, de la política y de la cultura, de aquello que todavía somos— todas las otras tentativas fallaron. Felizmente, sin duda, pues un conjunto formado así, contra las voluntades y las diferencias representadas por los diversos pueblos europeos, habría conducido a uno de esos imperios asiáticos *orgánicamente incompatibles*, por otra parte, con la idea de libertad. Así, esta última, pese a nuestras traiciones

y olvidos, permaneció como el legado más profundo de la actitud intelectual y ética del espíritu europeo, no tanto por fidelidad a la filosofía griega cuanto por exigencia de la tradición cristiana que fue para el alma lo que la filosofía fue para el intelecto. Los europeos, en la medida en que se sienten solidarios con un proyecto político, ideológico y cultural de perfil democrático, deben tener siempre presente que la Democracia no es una *esencia*, un bien que podamos gozar como beneficiarios de la historia, de generación en generación. En su pura expresión política y económica, a pesar de su aceptación de principio, a pesar del prestigio que el ideal democrático recuperó después de vencer obstáculos que parecían mortales para ella, nuestra Democracia se vuelve todo lo más «bien de consumo» si perdemos nuestra *memoria de europeos*, esto es, si olvidamos el lazo esencial que liga Democracia y Cultura, si esto no representa su impulso original europeo, de busca de sentido para la aventura humana, tal como lo encarnó el modelo, largamente vigente, de las herencias griegas y cristianas.

Lo menos que se puede decir en esta ya aurora de un nuevo siglo es que esa memoria vacila en sus fundamentos. Nuestra cultura europea actual es mucho menos la memoria de ese desafío griego que fundó nuestra civilización que una especie de olvido activo de esa herencia. La vida europea, a pesar de los millares y millares de páginas que aún consagramos a «nuestro pasado» es indiferente no tanto a la Historia que hace de nosotros lo que somos, sino a los conceptos o ideas conductoras: Verdad, Valor, la misma Libertad, que durante siglos constituían la referencia imperiosa del pensamiento, de la ética, del arte y de la acción europeas. Es por eso por lo que no es fácil atribuir un contenido a un proyecto europeo que más allá de su «performance» económica y política represente también una *realidad cultural* que pueda considerarse europea y no la trasposición del mero éxito en estos campos al mercado cultural. Si no hubiera «Europa como cultura» y, en cuanto no la hubiera, todos los otros éxitos europeos tendrían pies de barro ¿Mitificación de lo cultural? Simplemente recuerdo de lo que «Europa» fue siempre, no sólo una cultura entre otras, sino una exigencia del sentido que engloba la crítica de la propia cultura. Sin esa exigencia toda su «riqueza» cultural concierne únicamente a nuestra memoria museo. ¿Será únicamente la nueva Europa un museo más activo para nuestro turismo y el ajeno? Hasta aquí la Europa de la Cultura es ese espacio de deslumbramiento extendido, de comunicación de tesoros entre los países y esa intercomunicación interesa al refuerzo de nuestra conciencia de raíces comunes. Pero «Europa como cultura» es otra cosa que esa fluidez de intercambios culturales, relativos al pasado y al presente, algo que tiene poco que ver con el espectáculo televisivo de los juegos «interfronterizos». Desgraciadamente, es en esta perspectiva en la que la Europa cultural —extenso espacio de disfrute exterior de bienes culturales— tiene tendencia a diluirse.

En sí, la creación de un espacio tal no sólo no es malo, sino que puede ser un elemento incomparable en la formación y en el refuerzo de algo que puede asemejarse a una «identidad europea». En principio sólo tenemos que regocijarnos si con un simple

cambio de antena podemos recibir en casa, caídos del cielo, a Shakespeare o Molière, Dante o Cervantes, Camoes o Milton, Luis IX o Stockausen, Manuel de Oliveira o Win Wenders. Pero hay maneras y maneras de presentar y tratar esos «bienes culturales» mayores o menores, y es en ese tratamiento en el que se jugará la imagen de Europa, o su destino como «cultura».

Ciertamente es de una importancia extrema que Europa —la de cada una de sus culturas nacionales o regionales, como la de la más vasta cultura común futura— no se prive de los medios de crear, divulgar, comunicar los productos de su pensamiento, o de su imaginación, de su actividad. Pero no importa menos que esa vieja o nueva cultura europea no sea distribuida a domicilio, como Kierkegaard decía que la Iglesia de Dinamarca distribuía la Fe, como un *producto* sin sabor, como un hábito del espíritu y del corazón, un puro juego entre otros más excitantes y mundanos. Tal vez ya nada podemos hacer para que la futura cultura —en particular la televisiva— no sea un subproducto de la civilización de diversión que es la nuestra. Lo que nos está reservado se parece más a la idea de un «mínimo cultural» penosamente emergido del océano del espectáculo y de la distracción, que el acceso a una cultura íntimamente problemática como fue siempre la nuestra de europeos.

Asistimos a un desafío entre los grandes empresarios de los medios audio-visuales como si nuestro destino, ya no sólo personal, sino europeo, no estuviese en juego. En apariencia se trata del triunfo de algo que podría calificarse de *democracia cultural*. ¿Cómo no alegrarse con la idea de que Esquilo o Calderón, Gil Vicente o Shakespeare estén a nuestra disposición como cualquier espectáculo de «rock» en Inglaterra o en Australia? Pero bajo esta facilidad, bajo esta abundancia, ¿no se esconde la más insidiosa desestructuración de nuestra memoria europea y con ella la disolución de una Europa «europea» incluso antes de que pueda estructurarse como espacio económico y sobre todo político? Lo que se nos ofrece noche y día es el consuelo de acostarnos voluntariamente en las sábanas inmaculadas de una cultura sin raíces, la posibilidad de acceder, sin pagar el precio, a un súper-sueño americano de que todas las huellas de nuestros antepasados (de Esquilo a Beckett o a Kantor) han desaparecido.

El recuerdo de esas huellas nos es indispensable para sentirnos vivos, ellas son nuestra verdadera piel. No habrá Europa sin el recuerdo de este largo pasado de desgarramiento social y cultural. Ni la «felicidad por la cultura» y menos aún la «felicidad cultural» fueron jamás el objetivo supremo del hombre europeo ni su civilización se articuló en torno al ideal hedonista o pseudo-hedonista que hoy se sirve en envoltorio de lujo a una parte de la humanidad voluntariamente ajena a los males de la mayoría de los hombres y hasta de ellos mismos. La Europa de Esquilo, de Sócrates, de Dante, de Tolstoi, no puede ser la de un colectivo «video-clip» cultural inventado expresamente para repudiar nuestro pasado y convertirlo «a posteriori» en algo peor que un combate de «confusión y furor», una especie de carnaval abyecto. Europa como cultura sólo merecerá ese nombre si se convierte en el espacio de intercomunicación

que reactiva permanentemente lo que hubo y lo que hay de más exigente, enigmático, creativo y grandioso en la cultura europea, concebida como cultura de las diferencias a lo largo de su Historia, viviendo de la búsqueda del conocimiento de cualquier cosa que puede llamarse «sabiduría». En suma, de la invención de un camino y una salida que nadie nos dio ni puede descubrir en nuestro lugar.